

La Naturaleza de las Emociones

I) *El problema*

Como tan a menudo sucede en filosofía, el problema filosófico de las emociones se origina en una pregunta legítima gramaticalmente pero primitiva desde el punto de vista de la comprensión, a saber, ‘¿qué son las emociones?’. En múltiples ocasiones y lugares ya hemos hecho ver que la mayoría de las veces, preguntas así son meramente perturbadoras y totalmente equívocas, pues inducen a buscar una respuesta en una dirección que no conduce más que a incomprendimientos, enredos y misterios. Claramente, las preguntas de la forma ‘¿qué es x ?’ son aptas para esclarecer a qué se refieren las palabras cuando de lo que hablamos es de objetos materiales, entre otras razones porque la ostensión ayuda a despejar cualquier malentendido que pudiera surgir, pero es igualmente obvio que no son particularmente útiles cuando de lo que hablamos ya no es de objetos materiales. En estos casos, lo mejor es remplazar la pregunta por preguntas que de alguna manera nos indiquen qué forma debería revestir lo que sería una respuesta correcta. En este caso preguntas así serían preguntas como ‘¿para qué nos sirve el concepto de emoción?’, ‘¿por qué los seres humanos habrían sentido la necesidad de construir un concepto como el de emoción?’, ‘¿en qué circunstancias usamos el concepto de emoción?’, ‘¿qué utilidad tienen, qué servicio prestan los conceptos de emociones?’, ‘¿cómo se aprenden los conceptos de emoción?’, entre muchas otras. Y lo que yo deseo sostener es que responder de manera satisfactoria a estas preguntas, y a otras como estas que se nos pudieran ocurrir, es responder a la pregunta original ‘¿qué es son las emociones?’.

En concordancia con lo anterior, quizá lo primero que habría que señalar es que el concepto de emoción pertenece a una familia de nociones que cumplen funciones muy parecidas al de emoción pero que, no obstante, son diferentes. Es, pues, útil subsumir el concepto de emoción bajo algún otro concepto de manera que podamos tener de entrada un *aperçu* del mapa conceptual general de las emociones. En su muy útil libro, *Philosophical Foundations of Neuroscience*, Hacker y Bennett¹ colocan todos estos conceptos bajo el rubro general de “afecciones”. La justificación de ello es obvia: las emociones se sienten y por lo tanto nos afectan. Miembros de esta familia son ante todo los conceptos de apetitos, estados de ánimo, rasgos de carácter y lo que ellos llaman ‘sensaciones adictivas’. Hacker y Bennett explican con suficiente claridad las conexiones y las diferencias que valen entre todos estos conceptos, pero

¹ Bennett, M. R. y Hacker, P. M. S, *Philosophical Foundations of Neuroscience* (United Kingdom: Blackwell Publishing, 2003).

como no forma parte de mis intereses en este trabajo reconstruir el cuadro global que ellos elaboran de las afecciones no me ocuparé de este aspecto de la cuestión. Mi objetivo aquí es más bien abordar exclusivamente los aspectos que me parecen primordiales del tema general de las emociones. La idea es presentar un cuadro que en lo fundamental sea fidedigno y aclaratorio.

II) *Las emociones y lo que se siente*

Yo creo que es razonable pensar que si efectivamente las emociones son un subconjunto de las afecciones, entonces las emociones están presentes en el todo de nuestra vida, puesto que estamos permanente expuestos a ser afectados por lo que acontece en nuestro entorno. Las emociones, por consiguiente, se manifiestan, por así decirlo, las 24 horas del día. El todo de nuestra vida está inevitablemente permeado o inundado por emociones. La explicación es simple: frente a lo que nosotros nos posicionamos son los sucesos del mundo. Simplemente no hay forma de que éste nos resultara indiferente. Nosotros forzosamente adoptamos un punto de vista frente a lo que sucede o, mejor dicho, frente a todo aquello de lo que nos enteramos que sucede. Por ejemplo, si vemos cómo un automovilista atropella a una persona, ello no nos atañe directamente pero es obvio que genera en nosotros una emoción particular, la cual puede ser sumamente intensa; la indignación, por ejemplo. O si nos enteramos que en Mongolia un joven se lanzó a un río y salvó a 10 personas, el hecho nos llena de admiración, aunque no nos concierna directamente. De ahí que de entrada parece metodológicamente inapropiado pretender dar cuenta de las emociones examinando casos de emociones raras, poco frecuentes, que presuponen muchas vivencias para poder gestarse, el uso de un lenguaje florido o rico, contextos particularmente sofisticados o cosas por el estilo. Desde luego que también se tiene que poder dar cuenta de emociones así, pero realmente lo que nos interesa en primer lugar es el concepto común de emoción y, por ende, las emociones cotidianas, las emociones que el hablante normal expresa y que son fácilmente reconocibles por todos, las emociones del hombre de la calle. Y esto me lleva a hacer una primera aclaración, de carácter lingüístico. Dijimos, siguiendo a Hacker y a Bennett, que las emociones son un subconjunto de las afecciones, pero ¿qué entendemos por ‘afección’?, ¿Qué es eso que “nos afecta”? La respuesta es simple: al hablar de afecciones a lo que estamos aludiendo es a algo que **sentimos**. Ahora bien, esta caracterización inicial es importante por lo menos por dos razones, a saber, porque

- a) estamos implícitamente admitiendo que hay **diversas formas de sentir**, y
- b) nos obliga diferenciar entre emociones y sentimientos

¿En qué sentido o por qué son las emociones afecciones? Las emociones son afecciones que revisten ante todo **formas de reacción** frente a sucesos y situaciones

que el sujeto enfrenta. Sin embargo, a diferencia de las sensaciones, no son reacciones puramente orgánicas. Una reacción emocional no es como la reacción orgánica de quitar la mano del fuego. Para que se produzca una reacción emocional el sujeto tiene que percatarse de que algo sucede, algo que él evalúa con mayor o menor fuerza, positiva o negativamente. Una emoción, por consiguiente, tiene componentes. Para que el sujeto se llene de pavor frente al tigre tiene, primero, que creer que lo que tiene enfrente es un tigre, que éste es un animal peligroso y que se lo puede comer. O sea, para que la emoción asociada con el tigre pueda producirse, el sujeto tiene que **creer** y **evaluar** el objeto de su emoción. Así, pues, las emociones son afecciones precisamente porque son básicamente **reacciones** cargadas de evaluación. Esto es otra forma de decir que no son meramente orgánicas.

Consideremos, pues, el sentir en su modalidad emocional. Lo primero que hay que hacer es contrastarlo con las sensaciones. ¿Por qué? Porque decimos tanto cosas como ‘sentí una emoción muy grande cuando le estaban entregando el diploma’ o ‘sentí desfallecer cuando lo vi tirado en un charco de sangre’ como aseveramos cosas como ‘sentí que el dentista me taladraba la muela’ o ‘sentí que el fuego chamuscaba mi mano’. Aquí hay dos usos diferentes, ambos apropiados, de un mismo verbo (‘sentir’). En un caso (el segundo) expresamos sensaciones, en tanto que en el otro (el primero) damos expresión a emociones. Ciertamente en los dos casos hablamos de lo que “nos afecta” y, por consiguiente, de lo que sentimos, pero en sentidos diferentes. Es claro que a pesar de que usamos uno y el mismo verbo, sentir o tener emociones **no** es como tener sensaciones. ¿Y cómo sabemos que se trata de formas diferentes de sentir? Por la sencilla razón de que caracterizamos y describimos emociones y sensaciones de modo diferente. En ambos casos hablamos de “sentir algo” (‘siento un dolor en el vientre’ y ‘siento una pena inmensa por lo que le sucedió’) y eso hace ver que hablamos de experiencias genuinas, pero identificamos y reconocemos sensaciones en parte al menos porque tienen ubicación corporal, en tanto que no tiene el menor sentido hablar de ubicación corporal cuando de lo que hablamos es de emociones. Sin duda hay otras diferencias entre sensaciones y emociones que no resultaría muy difícil indicar y de hecho algo al respecto diré más abajo, pero por el momento nos bastará con señalar que normalmente nadie confunde una emoción con una sensación, a pesar de que en ambos casos se hable de lo que se siente. Obviamente, la explicación de ello no tiene nada que ver con capacidades cognitivas especiales, sino con el hecho de que los contextos discursivos son diferentes en cada caso. Por decirlo de alguna manera, las sensaciones y las emociones se ubican en espacios psicológicos diferentes.

El segundo punto mencionado es importante, pero lo abordaremos expresamente más abajo. Es un asunto no sólo de sutilezas lingüísticas. Es cierto que las emociones y los sentimientos se sienten o se tienen más o menos del mismo modo y es cierto también que se expresan corporalmente de modos parecidos, por lo lo que predicamos más o menos lo mismo de ambas clases de afecciones. No obstante, hay

algunas diferencias importantes entre ellas y son esas diferencias que tenemos que rastrear y sacar a la luz. Dichas diferencias tienen que ver en primer término con la temporalidad, pero éstas a su vez acarrearán nuevas diferencias nada desdeñables. Básicamente, las emociones son afecciones más o menos momentáneas y es una cuestión abierta la determinación de cuánto puede en principio durar una emoción. Yo me inclino a pensar que el concepto de tiempo tiene sólo una aplicación más bien laxa a las emociones, dado que los conceptos de emociones no son conceptos matematizables. No sirve mucho decir algo como ‘mi alegría duró 7 minutos’, inclusive si ello es cierto. Por eso me inclino a pensar que los casos paradigmáticos de emoción son lo que Hacker y Bennett llaman ‘perturbaciones’ o ‘agitaciones momentáneas’ y, si no momentáneas, sí de relativamente corta duración.

III) *Rasgos primordiales de las emociones*

Al considerar nuestro tema la inquietud que de inmediato nos asalta es la de determinar cómo distinguimos entre emociones. No es ciertamente por su ubicación corporal pero tampoco por sus antecedentes causales, puesto que dos emociones diferentes pueden tener una y la misma causa. Si no me equivoco, las emociones se distinguen en primer lugar por sus **objetos**. Así como *prima facie* el dolor de muelas es diferente del dolor de riñón porque un dolor lo tiene uno en la muela y el otro en el riñón, así la alegría es diferente del miedo porque el objeto de la alegría es diferente del objeto del miedo. Pero eso no es suficiente para diferenciarlas, porque dos emociones distintas pueden de todos modos tener el mismo objeto. Están, por otra parte, las causas de las emociones, pero éstas tampoco bastan porque dos emociones pueden tener una y la misma causa. Demos un ejemplo. Supongamos que alguien posee un tigre y que lo extravía en un parque y que el tigre se le aparece súbitamente a alguien. Preguntémosnos: en condiciones normales ¿qué sentiría, qué emoción tendría una persona que súbitamente se encontrara en el parque frente a un tigre? Pavor, por ejemplo. Pero imaginemos ahora que justo cuando el tigre está frente a la persona aterrorizada aparece el dueño y el dueño siente una gran emoción por haber encontrado a su mascota. ¿Cuál podría ser su emoción? Podemos suponer que una gran alegría. Pero entonces un mismo objeto (o sea, el tigre) es **causa** de dos emociones diferentes (pavor y alegría), dejando de lado el hecho de que en este ejemplo es también el **objeto** de las dos emociones en cuestión, puesto que un sujeto siente terror al encontrarse frente al tigre en tanto que el otro sujeto siente una gran alegría al verlo. Yo pienso que lo que realmente permite diferenciar entre emociones, aparte de sus objetos, son sus respectivos trasfondos doxásticos y axiológicos, esto es, sus respectivos sistemas de creencias y de valores. Las emociones, como intentaré hacer ver, no son meras reacciones orgánicas, sino que presuponen grupos de creencias por parte de los sujetos. Es sobre la base de lo que los sujetos creen y de cómo evalúan que brotan las emociones.

La distinción entre causa de una emoción y objeto de una emoción es importante y de hecho se aplica en muchos otros casos de conceptos psicológicos. La causa de una emoción puede ser cualquier evento, situación u objeto que aparezca en el horizonte existencial del sujeto. Cualquier cosa puede operar como detonador de una emoción. Por ejemplo, paso por un lugar en donde tuve un accidente y siento escalofríos o asisto a una consulta médica y recuerdo con estremecimiento cuando me operaron, y así sucesivamente. Las conexiones entre las causas de las emociones y las emociones son contingentes, pero la emoción que tengo no está conectada con un lugar particular, sino con su objeto y esa conexión ya no es meramente causal. Hay una conexión interna entre la emoción y su objeto que es muy diferente a la relación meramente externa que se da entre la emoción y su causa. La emoción contiene a su objeto. Por ejemplo, tener la expectativa de algo es saber qué es lo que estamos esperando que pase, independientemente de que suceda o no. Podemos, naturalmente, desconocer las causas de nuestras emociones, pero no podemos desconocer los objetos de nuestras emociones. Si alguien no conoce el objeto de su emoción, entonces simplemente no sabe qué emoción tiene. Esto podría *in extremis* ser el caso de algunas emociones especiales, como la angustia o la ansiedad, que no están dirigidas hacia ningún objeto en particular, pero en general las emociones tienen objetos concretos en principio identificables por el sujeto de la emoción. Hablando del miedo, Wittgenstein lo expone de este modo: “El juego de lenguaje ‘tengo miedo’ ya contiene al objeto”². A grandes rasgos, la idea de una emoción no causada puede llegar a ser inteligible, pero la de una emoción sin objeto no.

Un tema importante relacionado con las emociones es la cuestión de cómo las clasificamos. No se trata, sin embargo, de un asunto misterioso, esotérico o particularmente elusivo. Las emociones, como vimos, son esencialmente reacciones que emergen a partir de los conglomerados de creencias y valoraciones de los sujetos. Así como la distinción fundamental en relación con las sensaciones es la dicotomía “dolor/placer”, así también la primera distinción que podemos trazar en relación con las emociones es la distinción “placentero/desagradable”. Todas las demás clasificaciones se van subsumiendo en esta distinción primordial. Las emociones pueden ser refinadas o burdas, intensas o tenues, ocasionales o recurrentes y así sucesivamente, pero son en primer término agradables o desagradables, en un sentido elástico de estas expresiones.

IV) *Emociones y sentimientos*

Quisiera ahora examinar una distinción importante, a saber, la distinción entre emoción y sentimiento. ¿Son diferentes o son en lo esencial lo mismo? Hacker y Bennett, por ejemplo, distinguen entre emociones y “emociones actitudinales”, con lo

² Wittgenstein, L. (1967), *Zettel*. Oxford: Basil Blackwell, sec. 498 (a).

cual básicamente los identifican. Yo pienso que eso es un error y que su distinción está mal trazada. Aquí se nos presentan, como en tantas otras ocasiones, problemas lingüísticos y de traducción. El punto de partida de Bennett y Hacker, que es correcto, es que las emociones son algo que “se siente”, para indicar lo cual usan la palabra “feelings”. ¿Qué significa y cómo se traduce normalmente esta palabra? Hasta donde logro entender, la traducción estándar de esta palabra al español es ‘sentimientos’. Parecería entonces que lo que Hacker y Bennett quieren decir es que las emociones son sentimientos, pero eso simplemente parece el resultado de una confusión: que las emociones se sientan no basta para volverlas sentimientos. El que para Hacker y Bennett sentimientos y emociones sean lo mismo los lleva de manera natural a defender la idea de que además de las emociones relativamente bien circunscritas a un contexto determinado, emociones casi efímeras como la expectativa o el miedo, también hay emociones que pueden durar años, como el agradecimiento. Yo pienso que eso es un error que además choca con intuiciones lingüísticas muy arraigadas. En realidad, si nos fijamos eso que ellos llaman ‘emociones actitudinales’, esto es, emociones que perduran, es precisamente lo que nosotros en español en general llamamos ‘sentimientos’. Como la palabra misma lo dice, los sentimientos obviamente se sienten pero, como era también de esperarse, es claro que los sentimientos no se sienten como se sienten las sensaciones. En eso sentimientos y emociones coinciden. Tampoco los sentimientos tienen una ubicación corporal. No decimos ‘tengo un sentimiento particular en el ombligo’. No hay tal cosa. A mi modo de ver, hay descripciones de usos de palabras que permiten diferenciar emociones de sentimientos, pero no creo que la mera introducción de una nueva nomenclatura, que es lo que pasa con ‘emociones actitudinales’, sea particularmente útil y menos aún si (como en este caso) es una expresión que ciertamente no pertenece a nuestras formas normales de hablar. A mí me parece que por fijarse en el verbo como gerundio (*feeling*, el sentir algo), Hacker y Bennett y descuidan el verbo usado como frase nominal (*feeling*, sentimiento). En otras palabras, ellos enfatizan el hecho de que las emociones son algo que se siente, pero descuidan los sentimientos y los disfrazan como modalidades de emoción. Creo que ese tratamiento es equivocado.

Replanteemos entonces nuestra pregunta: ¿cómo diferenciamos entre sentimientos y emociones? No, ciertamente, apelando a intuiciones de ninguna índole y es evidente que, como dije, la mera introducción de un nuevo léxico tampoco constituye una respuesta satisfactoria, puesto que nada más encubre una distinción que aspirábamos a aclarar. Más bien, lo que tenemos que hacer es elaborar listas de preguntas acerca de **lo que tiene y no tiene sentido** preguntar sobre las emociones y los sentimientos o indicando qué se puede afirmar y qué no se puede afirmar significativamente de ellos. Realizar ese ejercicio filosófico es distinguir entre emociones y sentimientos. Esto es lo que, creo yo, Wittgenstein practicaba con mucho éxito. Veamos, pues, que es lo que él sostiene.

V) Algunas aclaraciones de Wittgenstein

En *Zettel*, Wittgenstein nos enseña algunas cosas importantes sobre las emociones, sobre los sentimientos y sobre sus diferencias. Consideremos el amor. En español nosotros sin titubear clasificaríamos el amor más como un sentimiento que como una emoción, pero Wittgenstein dice algo a primera vista desconcertante. Afirma “Liebe ist kein Gefühl”.³ ¿Cómo habría que traducir esto? La traducción estándar es “El amor no es un sentimiento”. Yo pienso que no es eso lo que quiere decir. Para entender por qué esa traducción está mal hay que entender qué preocupa a Wittgenstein. Lo que parece inquietarlo es que en la medida en que las emociones **se sienten** se tenga la tentación de asimilarlas, de uno u otro modo, a las sensaciones. Lo que él está diciendo, por lo tanto, es que aunque el amor es un sentimiento de todos modos no es algo que se sienta a la manera de una sensación y con eso no creo que pueda haber desacuerdo. Por lo menos en español sería muy contraintuitivo, es decir, habría que ir en contra de formas de hablar muy firmemente establecidas, el que se afirmara que el amor no es un sentimiento. Por mi parte, yo diría que si algo es un sentimiento por antonomasia ese algo es precisamente el amor. Pero entonces la traducción correcta de lo que Wittgenstein afirma no es ‘el amor no es un sentimiento’, sino ‘el amor no es una sensación’. Y esto queda reforzado por lo que Wittgenstein (*loc. cit.*) dice en la siguiente oración, cuando afirma: “El amor es puesto a prueba, los dolores no”.⁴ Pero ¿acaso no se ponen a prueba los sentimientos? Claro que sí. En cambio, lo que no se pone a prueba son las sensaciones. Éstas se tienen o no. Dadas estas confusiones, para referirse al amor y de sentimientos parecidos Hacker y Bennett optan por hablar de “emociones actitudinales”, pero eso es un tecnicismo irrelevante introducido para ajustar lo que dicen a una traducción equivocada de un texto de Wittgenstein y evitar así hablar de sentimientos. La verdad es que la idea misma de “emoción actitudinal” es en el fondo inservible.

Ahora bien, no estará de más que nos preguntemos de dónde extraen Hacker y Bennett la idea de emoción actitudinal. Veamos una vez más qué dice Wittgenstein al respecto en *Zettel*. Afirma: “Se podría llamar al amor y al odio **disposiciones emocionales** (énfasis mío) y en un sentido determinado también al miedo”.⁵ O sea, para evitar confusiones Wittgenstein introduce la expresión ‘disposición emocional’ para referirse a lo que normalmente llamamos ‘sentimientos’. Hacker y Bennett se inspiran en la expresión wittgensteiniana e introducen la expresión ‘emoción actitudinal’, que significa básicamente lo mismo pero que no tiene las connotaciones conductistas que acarrea la idea de disposición. Ellos entonces, en su afán de seguir a Wittgenstein, optan por hablar, *e.g.*, del amor y del odio, como de “emociones actitudinales”, una expresión que más que útil me parece dañina, puesto que por medio de ella se pretende sustituir a una expresión del lenguaje natural (‘sentimiento’). Debo

³ L. Wittgenstein, L., *ibid.*, sec. 504

⁴ L. Wittgenstein, *loc. cit.*

⁵ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec.491 (b).

decir que el análisis de las emociones que Hacker y Bennett efectúan en general es acertado, pero en este caso su terminología me parece innecesariamente forzada. ¿Cuál es la idea involucrada en los conceptos de disposición emocional y de emoción actitudinal?

La idea de fondo es bastante simple. La realidad de las emociones parece ser la siguiente: una emoción se suscita sin ser planeada. Aunque obviamente aprendemos a controlar nuestras emociones, evidentemente ello es algo que aprendemos a hacer toda vez que aprendimos a darles expresión, así como aprendemos a mentir sólo una vez que aprendimos a hablar. De ahí que podamos afirmar que, en general, las emociones son reacciones básicamente espontáneas. Consideremos por ejemplo emociones amorosas. Uno puede sentirse fuertemente atraído por alguien a quien ve por primera vez; hablamos entonces de “amor a primera vista”. Asimismo, hablamos de enamoramiento cuando sobre la base de alguna emoción inicial empieza un trato entre personas durante el cual la emoción de atracción va cediendo poco a poco a un sentimiento amoroso, tímido primero pero que rápidamente va adquiriendo fuerza. Dado que estas transiciones no permiten ser encajonadas en esquemas de carácter aritmético, no podemos fijar límites ni en el tiempo ni en las acciones de manera que podamos decir algo como “ya pasamos de la emoción inicial a la etapa de transición y de aquí pasaremos a la fase del verdadero amor”. Los conceptos de emociones y de sentimientos no se prestan a semejante manejo. Aunque hay emociones placenteras que podríamos llamar ‘de amor’, la situación aquí es que esas emociones pueden intensificarse y dar lugar a algo nuevo o diluirse y no volver a manifestarse. En el primer caso, a lo que da lugar es a un **sentimiento**, el cual se desarrolla con el trato, con multitud de manifestaciones factuales concretas y desemboca en lo que llamaríamos una ‘relación amorosa’. Dado que las emociones iniciales, el enamoramiento y el amor relacional son como distintas fases de un mismo fenómeno, tendemos a hablar de amor en todas esas etapas, pero es claro que queremos decir cosas diferentes, por más que no haya bordes nítidos entre ellas. En algunos momentos el cuerpo juega un papel mucho más importante que en otros, en los que por ejemplo el instinto puede ser fundamental o que en aquellos en los que actividades comunes, intereses compartidos, etc., dan lugar a una relación personal en la que prevalecen otros valores y otros objetivos. Dicho en otras palabras, el amor también evoluciona: empieza como emoción y se transmuta en sentimiento. A diferencia de lo que pasa con la emoción, el sentimiento ya no es una mera reacción espontánea. Los sentimientos no brotan bruscamente ni se extinguen con la velocidad con la que se apagan las emociones.

Si aceptamos que en general las emociones son básicamente reacciones espontáneas cargadas evaluativa y doxásticamente, estaremos en posición de entender otros de sus rasgos característicos. Las emociones no se extienden indefinidamente en el tiempo como podría hacerlo un sentimiento o (en terminología de Hacker y Bennett) una “emoción actitudinal”. Dada su espontaneidad, es normal que las

emociones se expresen de manera más o menos inmediata. Frente a una situación determinada la gente reacciona en función de sus creencias y valores en forma más o menos inmediata. Es mediante el lenguaje de las emociones que aprendemos a identificar, a distinguir y a reconocer emociones. Las emociones naturales o espontáneas se plasman, por así decirlo, en nuestras reacciones, pero éstas son diferentes de otras clases de reacciones, como por ejemplo cuando uno reacciona frente a situaciones complejas enmarcadas en, por ejemplo, instituciones. Supongamos que alguien tiene una inversión, que la bolsa se desploma y que el agente reacciona retirando su dinero. Reacciones así son calculadas o meditadas, no espontáneas y, por lo tanto, son de otra naturaleza. Las reacciones “naturales” tienen que tener una forma particular de manifestarse o de tomar cuerpo que sea asequible a los demás. A diferencia de las otras, las emociones “normales” no son inferidas, sino que las percibimos directamente. Dice Wittgenstein: “*Vemos la emoción*” - ¿En contraposición a qué? - No vemos contorsiones faciales y entonces hacemos *inferencias* (como un doctor que enuncia un diagnóstico) concernientes a la alegría, la pena, el aburrimiento. Describimos directamente un rostro como triste, radiante de alegría, aburrido, inclusive si no estamos en posición de dar cualquier otra descripción de los rasgos. - La pena, podría decirse, está personificada en el rostro. Esto pertenece al concepto de emoción”.⁶

Ahora bien ¿cómo puede una emoción ser captada por alguien diferente de quien la expresa? La emoción tiene que plasmarse en algo que podamos en todo momento observar y ese algo no puede ser otra cosa que el cuerpo humano. Pero es claro que no es todo el cuerpo lo que normalmente asociamos con las emociones, puesto que no vemos todas las partes de los cuerpos de las personas. Tiene, por lo tanto, que tratarse de alguna parte del cuerpo que sea notoriamente visible, algo que permanentemente estemos viendo. Esa parte del cuerpo no puede ser otra que el rostro. Aunque no únicamente, es en primer lugar en la cara que las emociones se expresan. Nosotros vemos la tristeza, la alegría, etc., en la mirada, en la sonrisa, en los ojos y demás. La emoción es algo que tiene que expresarse, pero que no tendría mayor sentido que se expresara si nadie la percibiera y en nuestra interacción normal con los demás el rostro juega un papel preponderante y decisivo. El rostro es, pues, al mismo tiempo la principal fuente y el principal abrevadero de emociones. Wittgenstein sostiene que el contenido de una emoción es algo que se presta a ser representado pictóricamente y añade: “También se podría llamar al rostro humano un retrato así y sus alteraciones podrían representar el *curso* de una pasión”.⁷ Hay, pues, una conexión esencial entre emociones y el muy variado conjunto de modificaciones faciales.

Uno de los logros perennes de Wittgenstein fue el haber descubierto que el lenguaje psicológico está marcado por una radical asimetría entre la primera y la

⁶ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec. 225.

⁷ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec. 490.

tercera personas, pero es importante no perder de vista que el cuadro general que nos pinta de los conceptos psicológicos no termina ahí, dado que también se concentra en el caso de los conceptos de emociones y lo que tiene que decirnos es sumamente esclarecedor. De acuerdo con él, por ejemplo, las emociones tienen duración genuina, si bien a diferencia de las sensaciones no tienen una ubicación en el cuerpo. Tienen, en cambio, acompañantes físicos y conductuales característicos.⁸ Como una consecuencia de este segundo punto podemos deducir que las emociones no proporcionan ninguna información acerca de nuestro entorno. Las emociones hablan del sujeto, lo exhiben, por así decirlo, pero no dicen nada acerca de la realidad circundante. Esto es algo que Wittgenstein también menciona explícitamente y esclarece.⁹

Muy en concordancia con lo explicado en las *Investigaciones Filosóficas*, en *Zettel* Wittgenstein hace una declaración provocativa cuando nos dice que las palabras de emociones no sirven para designar nada, ni interno - es decir, no son nombres de "estados mentales" o "estados cerebrales" - ni externo, esto es, no significan un gesto particular, una mueca particular, etc. Hablando de la alegría nos dice "Con todo 'alegría' designa algo interno". No. 'Alegría' no designa nada en lo absoluto. Ni algo interno ni algo externo."¹⁰ Las palabras para emociones no se ajustan a lo que proclama la concepción agustiniana del significado, pero eso no quiere decir que entonces no sean significativas.

Dado que las emociones son expresiones conductuales espontáneas cargadas de valores o que presuponen evaluaciones, es normal que sus contenidos, esto es, sus objetos, los representemos de una manera casi pictórica o, si se prefiere, casi poética. Hablamos, por ejemplo, de odio infernal, de amistad celestial, de rabia incontenible, de esperanza infantil, de arrepentimiento infinito y así sucesivamente. Como las emociones son modos de sentir y de reaccionar frente a sucesos de nuestro entorno, por medio de ellas damos expresión a nuestras tomas de posición. Dice Wittgenstein: "El *contenido* de una emoción - aquí uno se imagina algo como un *cuadro* o algo de lo que se puede hacer un cuadro. (Las tinieblas de la depresión que descienden sobre alguien, las llamas de la ira)."¹¹ ¿Por qué el lenguaje de las emociones se asocia con imágenes de alguna clase? Porque en la medida en que las emociones son respuestas reflexivo-evaluativas a eventos en el mundo están vinculadas con lo que nos importa, con lo que nos hiera o gratifica, con lo que nos gusta o disgusta. El lenguaje de las emociones, por consiguiente, sirve para dar colorido a nuestras vivencias. No es por casualidad que las emociones estén internamente conectadas con las expresiones faciales.

⁸ Véase la importante sección 488 de *Zettel*.

⁹ Véase, por ejemplo, *Zettel*, sección 491

¹⁰ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec. 487 (b)

¹¹ L. Wittgenstein, *ibid.*, sec 489 (c)

Aunque Wittgenstein tiene mucho más cosas, y muy importantes, que decir sobre las emociones con lo que hemos dicho tenemos un panorama incompleto pero aceptable y fidedigno de sus puntos de vista. En mi opinión, los escritos de Wittgenstein, en este como en múltiples otros casos, pueden inspirar un sinnúmero de pensamientos y comentarios menos uno sólo: que no son real y profundamente esclarecedores.

VI) *Emociones y lenguaje*

Al parecer, no acaba todavía de entenderse el papel decisivo que juega el lenguaje en relación con las emociones. Es claro, para empezar, que nuestro concepto de emoción encuentra en los hablantes adultos, maduros, normales sus casos paradigmáticos. Una emoción, la que sea, es eso que expresa un hablante adulto frente a una situación particular. Empero, poco a poco vamos extendiendo el rango de aplicación de nuestros conceptos de emoción: pasamos a los niños muy chicos, a los mamíferos superiores y así sucesivamente hasta donde lingüísticamente nos sea útil seguir aplicando dichos conceptos. De ahí que si una teoría científica o de aspiraciones científicas fuera tal que tuviera como consecuencia, por ejemplo, que quedara proscrito decir de los animales que tienen emociones, automáticamente podríamos inferir que esa teoría de las emociones es errada. Es obvio que es correcto decir, cuando ello es apropiado, que un gato tiene miedo, que una hiena está contenta, que un león está furioso o que un zorro está alarmado. Decimos cosas así porque emociones como esas son en el fondo bastante primitivas o elementales y porque la conducta de los animales es suficientemente parecida a la conducta humana en los casos correspondientes de manera que nos resulta útil extender el rango de aplicación de los conceptos de emoción de modo que la adscripción de ciertas clases de emociones a los animales sea significativa. Podríamos, si se quiere, hablar en estos casos de emociones orgánicas. Pero hay una gran diferencia entre esas emociones fundamentales y emociones que sólo se pueden gestar porque se dispone de un lenguaje. La diferencia entre las emociones humanas y las animales la determina la presencia o la ausencia del lenguaje. Éste no sólo permite la expresión verbal de las emociones, con todo lo que eso acarrea, sino que de hecho las ramifica, las refina, las sutiliza. Casi podríamos decir que con el lenguaje nacen nuevas emociones. Así, nosotros podemos hablar de remordimiento de conciencia o de esperanza loca, cosas que ya no podríamos predicar ni de los más inteligentes de los animales y la explicación última radica precisamente en que ellos carecen de un lenguaje. Lo que hay que entender es que, en ese como en otros casos, el orden biológico es exactamente inverso al orden conceptual. Es, por lo tanto, un error metodológico completo empezar un estudio sobre las emociones partiendo de los animales, haciendo experimentos con ellos, por la sencilla razón de que dicho enfoque presupone que ya sabemos lo que son las emociones, puesto que antes de aplicarle nuestros conceptos de emoción a los animales nos los aplicamos a nosotros mismos.

Lo anterior explica por qué las emociones en general presuponen contextos para su identificación. Los contextos de las emociones están conformados tanto por las creencias y los valores de los hablantes como por las situaciones que éstos enfrentan o por las que atraviesan. De hecho, cuando un aprendiz de hablante empieza a incorporar el lenguaje de las emociones lo que aprende es a coordinar sus expresiones emocionales con las emociones de los demás, a las que identifica discerniendo situaciones en las que los humanos que lo rodean reaccionan y los modos como lo hacen. Pero lo que él aprende a reconocer son reacciones en situación, no nada más manifestaciones meramente corpóreas. De hecho las manifestaciones somáticas de la emoción pueden ser exactamente las mismas con distintas emociones, por lo que los criterios de identidad de las emociones no pueden ser los acompañantes contingentes de las emociones. A una persona le puede latir el corazón con fuerza y pueden sudarle las manos lo mismo cuando tiene miedo que cuando está enamorado. Es porque las situaciones son diferentes y que los objetos de las emociones son diferentes que las emociones son diferentes, aunque se manifiesten corporalmente de la misma manera. Por eso dice Wittgenstein: “Sólo en medio de ciertas manifestaciones normales de vida se da la expresión de dolor. Sólo en medio de manifestaciones aún más amplias de vida se da la expresión de tristeza o de afecto”.¹²

VII) *Utilidad e importancia del concepto de emoción*

Hemos examinado diversas facetas de nuestro concepto de emoción, pero hay algunas preguntas que sería conveniente plantear. Por ejemplo ¿por qué tenemos en lo absoluto conceptos como los de emociones?, ¿Por qué los seres humanos sintieron la necesidad de construir conceptos así? Para responder a inquietudes como estas tal vez sería útil hacer un veloz recordatorio de un par de pensamientos del joven Wittgenstein.

Aunque obviamente la idea que aquí me interesa destacar está retomada y es rigurosamente aplicada en el *Tractatus*, es en los *Notebooks* en donde recibe su primera formulación. Dice Wittgenstein: “Hay dos deidades: el mundo y mi yo independiente”.¹³ Como sabemos, en el *Tractatus* Wittgenstein presenta lo que podríamos llamar el estudio lógico de la realidad. Obviamente, un estudio así excluye *a priori* de su universo de estudio todo lo que es contingente y, por ende, todo lo que es social, histórico y, más en general, empírico. Todo eso está ausente en el enfoque puramente lógico y formal del *Tractatus*. Ahora bien, después de darnos la lógica de la realidad, del lenguaje, de las matemáticas, de las teorías científicas, etc., Wittgenstein enfrenta la cuestión de la naturaleza del yo. Por diversos vericuetos, que

¹² L. Wittgenstein, *ibid.*, sec. 534.

¹³ Wittgenstein, L, *Notebooks 1914-1916* (Oxford: Basil Blackwell, 1979), p. 74.

no tenemos nosotros por qué recorrer aquí y ahora, él llega a la conclusión de que el sujeto no es una entidad especial sino más bien un límite del mundo, el mundo visto y acotado desde una perspectiva única. Wittgenstein, como sabemos, defiende una forma especial y particularmente convincente de solipsismo, en cuyo examen, por razones obvias, tampoco entraremos. Dado que el *Tractatus* es un libro escrito en primera persona, lo que importa destacar es que cuando yo digo que el mundo es **mi** mundo lo que estoy implicando es, *inter alia*, que no puedo ser indiferente frente al mundo. Aquí es donde claramente se deja ver la influencia de Schopenhauer en el primer Wittgenstein. El mundo para mí no se reduce únicamente a algo que puedo contemplar, estudiar y comprender, sino que es esencialmente algo con lo que interactúo, es precisamente eso con lo que inevitablemente me topo y, por lo tanto, es algo que de manera natural, espontánea, automática, juzgo y evalúo. Que el mundo sea “para mí” (y, claro está, lo que vale para mí vale para todos los demás “yoes”, por buenas razones en las que tampoco entraré) implica que el mundo no es neutral, puesto que es lo que me afecta. El mundo no es un objeto meramente de representación, sino de volición y, por ende, de preferencias, de aceptación y de rechazo.

Si aceptamos esto, entonces estamos en posición de entender por qué tenemos conceptos de emociones. Es precisamente porque el mundo no nos es indiferente, porque inevitablemente reaccionamos frente a lo que en él sucede, porque nos sublevamos ante acciones que nos parecen injustas o aceptamos gustosamente las que nos parecen correctas que necesitamos conceptos como los de emociones. Lo más absurdo que podría hacerse sería desarrollar la idea de un “esquema conceptual” en el que lo único que aparecieran fueran nociones como, por ejemplo, las de cuerpo, objeto, persona, espacio y tiempo y que dejáramos de lado todo lo que son nuestras reacciones naturales, nuestras evaluaciones, nuestros posicionamientos, nuestras voliciones. Si *per impossibile* hubiera algo así como un “esquema conceptual” de seguro que éste tendría que incorporar nuestros conceptos de emoción o, tal vez, conceptos de emociones concretas. La utilidad del concepto de emoción, por consiguiente, difícilmente podría ser puesta en tela de juicio.

VIII) *Lo que las emociones no son*

Quizá debamos terminar este veloz acercamiento al concepto de emoción extrayendo algunas consecuencias de lo que hemos sostenido, pero ahora referentes a lo que las emociones **no** son. Y me parece que lo primero que habría que señalar es que si algo **no** son las emociones es ser estados cerebrales y, más en general, estados internos. De hecho, podemos afirmar sobre la base de lo que sostuvimos más arriba, que no hay ninguna conexión directa entre el sistema nervioso y las emociones o entre el cerebro y las emociones. Las emociones son algo que tienen que tener obvias manifestaciones somáticas, pero sobre todo conductuales, en un sentido puramente físico del término. No es siquiera pensable, por lo tanto, que las emociones sean en primer lugar y ante

todo algo invisible, algo que escape a la mirada de los demás. En vista de su dependencia del entorno del agente, que es el sujeto de las emociones, queda claro que **ningún** estudio proveniente del área de la neurofisiología podría echar luz sobre la naturaleza de las emociones. Pero, por otra parte, tampoco son las emociones reducibles a sus manifestaciones físicas, en el sentido de corporales y, más específicamente, a las faciales (gestos, muecas). Una vez más, emoción no es conducta de emoción. Como siempre en estos contextos, es perfectamente imaginable que alguien presente todas las apariencias de estar viviendo una gran emoción y que no obstante esté fingiendo, pero esa posibilidad no genera ningún problema explicativo serio y tiene en cambio una explicación simple: por una parte, las emociones están contextualizadas y, por la otra, hay tal cosa como la técnica del control emocional. Por más que veamos en la televisión o en el cine a alguien aterrorizado, que pide ayuda, etc., la situación no nos preocupa porque de entrada sabemos que se trata de actores trabajando. No es que los actores controlen sus emociones, sino más bien que aplican las técnicas de expresión de emociones sin que éstas tengan causas reales. Eso, como dije, no tiene nada de misterioso. Es como aprender a mentir. Nuestro enfoque precisamente nos permite sin mayores problemas explicar la diferencia entre emoción genuina y mera conducta emocional.

El examen de las emociones permite ver que subyace a múltiples discusiones toda una variedad de confusiones concernientes a la noción de causa. En muchos casos, se pretende hacer pasar por “causa” de una emoción no lo que usualmente se consideraba como “causa eficiente”, sino más bien aquello que permite que las emociones puedan en principio gestarse. Eso que permite su gestación es obviamente el cerebro y el sistema nervioso en general. Pero ese uso de ‘causa’ es, si no absurdo, sí totalmente irrelevante. Hay desde luego un sentido de ‘causa’ de acuerdo con el cual el cerebro es “la causa” de las emociones, a saber, el sentido de que gracias a que conozco la causa puedo controlar o manipular el efecto. Pero lo único que esto puede significar es que si bien no se pueden generar emociones a placer, lo que sí se puede hacer es **evitar** que se produzcan. Son dos cosas distintas. Es obvio hasta para un párvulo que si el cerebro no funciona normalmente o si se le manipula puede no haber emociones. Pero exactamente lo mismo pasa con las sensaciones, con las creencias, con las percepciones, etc., por lo que si aceptamos como legítimo este uso de ‘causa’, entonces tendremos que decir que en ese sentido el cerebro es la “causa” de toda la vida psicológica de las personas. Pero ¿tiene sentido hablar de algo como siendo la causa de todo?, ¿Se aclara algo con una afirmación tan vaga como esa? Más bien lo que habría que decir es que el cerebro es una precondition causal de la vida emocional, pero eso no es ni muy original ni mayormente esclarecedor. Y, en segundo lugar, hay que observar que esta peculiar noción de causa no está asociada a ninguna regularidad legaliforme, es decir, no ha dado lugar a ninguna correlación sistemática entre estados cerebrales y estados emocionales. La razón es obvia: al **interpretar** la emoción como un “estado interno” no queda otra cosa que hacer que buscar sus causas allí en donde lo más que podemos encontrar son sus precondiciones causales. Esto es lo que

podríamos denominar ‘genuina confusión filosófica’, una clase de error que sistemáticamente combatimos y que en este trabajo, de igual modo, tratamos a toda costa de evitar.